El enigma de las frases

Marta López

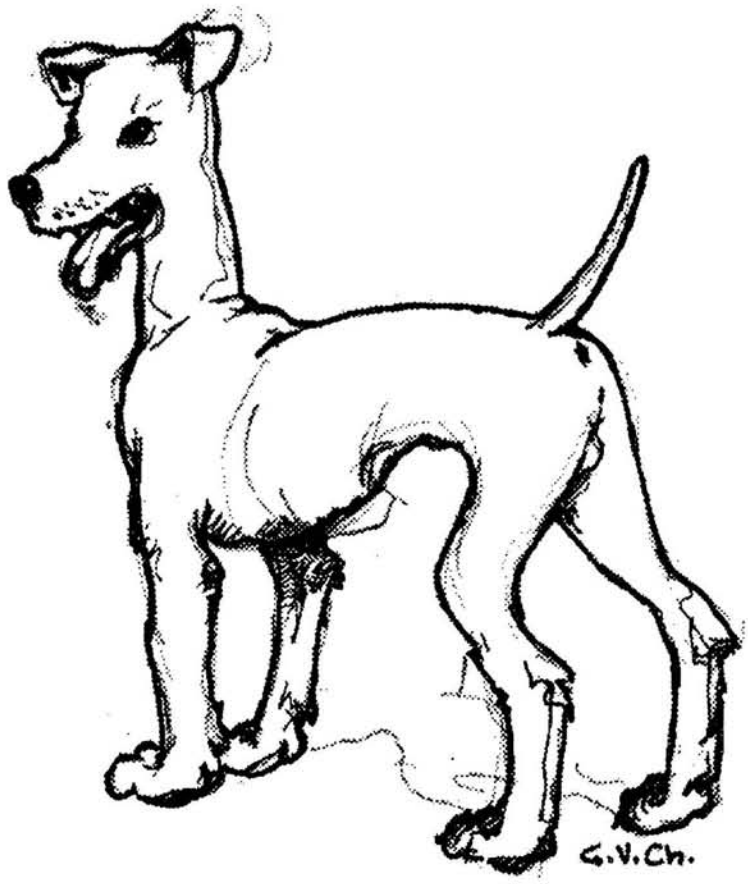
◆◆◆

Casi nunca he reflexionado sobre mi papel y el significado de éste para mi familia, o en mi espacio propio como mujer en el hogar; pero a esos propósitos recuerdo ciertas frases, casi mágicas, pronunciadas aquel día por mi marido, a manera de sentencia, de reclamo o tal vez de halago.

Era domingo y todos en la familia se ocupaban de cualquier cosa, sin poner mayor atención a los demás: leer, ver tele, hacer talacha o flojear. Creo que sucede en cualquier familia. Rápidamente mi espíritu de integración familiar comenzó a funcionar y llamé a todos para instalar la mesa de ping pong y entusiasmarlos en una liguilla intrafamiliar, idea, que a la postre, no tuvo éxito, pues rápidamente terminó en zafarrancho por un desacuerdo en el récord, donde desgraciadamente yo hacía de juez, no escuchado y menos autorizado.

Ante tal fracaso traté de llamar la atención de mis marcianos en los álbumes de fotos de las primeras épocas de la fundación de la familia, actividad sin posibilidades aparentes de conflicto, creyendo ingenuamente que al verse en otras épocas, en poses románticas, lugares hermosos, sin patitas de gallo, con la conquista del mundo por delante, o con la rozagante y expresiva tez infantil, haciendo graciosos pucheros (ahora borrados por la borrascosa y barrosa adolescencia), harían el milagro de despertar tiernos y hermosos sentimientos. Nuevo fracaso, esta convocatoria fue aún menos exitosa. Con los comentarios y burlas sobre las consabidas fotos indiscretas de humanidad descubierta,

*Escrito durante el Curso de Técnicas Especializadas de Redacción, impartido por la maestra Socorro Arce en julio de 1994.



las amenazas de mostrarlas a las novias, las burlas sobre las piernas de chicharito de uno o la panza de bule del otro, los ánimos volvieron a caldearse, lo que provocó una definitiva retirada a sus actividades originales, ahora en tenso ambiente.

Decidí no promover ninguna actividad integracional más y esperar a la comida donde estaba segura que el placer sibarita que padecemos nos llevaría a la comunión total. Disfruté imaginando primero la ternura que le producía a mi marido verme en la cocina ataviada con un profesional y coqueto mandil, y luego, las caras de golosa satisfacción y consenso familiar que levantarían al probar los platillos.

De pronto vino a mi mente la preocupación de no haber terminado aún el trabajo que debía entregar al día siguiente... la semana no pudo estar más movida: apoyar tareas escolares de *mate*, hacer por enésima vez la gira turística por la ciudad con la esposa de un profesor visitante, y hasta llevar con el médico al último vástago que repentinamente presentó estado febril, haciendo suponer que había pescado la varicela que en los últimos días visitaba su colegio...

"Debo terminar este trabajo —me dije convencida—, al fin que tengo todavía un par de horas..., pero... y ¿las normas juradas de la familia?"

En la nuestra no hay muchas leyes, sólo dos, sagradas e inque-

brantables: una es comer siempre juntos, la otra no trabajar en papeles de oficina en domingo. Reglas asumidas como parte del "linaje" o de "la clase" de familia que formamos. Además, cada regla tiene su dedicatoria a quebrantadores natos, la primera se dirige más a los hijos, a quienes ver a sus amigos les resulta lógicamente más divertido. Y la segunda a los padres o más bien al matrimonio, que muy a menudo no logran evadirse —y creo que sin gran sacrificio— de la actividad intelectual, a la que se le da forma de responsabilidad, cuyo no cumplimiento "compromete los intereses y seguridad familiar", en el caso paterno por supuesto, pues en mi caso las tareas pendientes no llegan a tal estatus, más bien son síntomas enfermizos de un estado grave de obsesión impulsiva-compulsiva. Como creo que sucede en cualquier familia.

De la divagación pasé decidida a la acción y con toda la culpabilidad a cuestas y el temor de ser descubierta, me escapé al estudio aprovechando la gama de ronquidos más elevada que mi marido recreaba en una hamaca con un libro abierto al lado. Pasé sigilosa muy cerca de él, saqué documentos y libros, me acomodé, comencé a trabajar, digo, a disfrutar, y ya me encontraba sumergida en la sublime actividad creadora cuando escuché:

—"Tuti, ¿qué haces?... ¿recuerdas que es domingo?... tú eres el centro de la familia... la organizadora... la animadora de nuestros días de descanso..."

Sorprendida, sólo atiné a apagar la *compu*, cerrar los libros y salir apresurada al corredor donde todos estaban aparentemente distraídos con cara de yo no fui.

Será fácil, ahora, entender el contexto en que aquellas palabras fueron pronunciadas y el cómo interpretarlas quedará al lector o lectora imaginarlo.

Para mí —de primera intención y como fueron dichas— parecieron un delicioso agasajo lisonjero digno de un reina y no quise sucumbir a la tentación de recrear éste y otros domingos familiares, reflexionar sobre la intención consciente, o el momento, o el espacio, o la praxis, que me convertían en "...centro", "...organizadora", "...animadora", no era muy gratificante.

Hasta ahora aquellas frases las guardo celosamente en mi memoria, dentro de un cofre precioso, que jamás volveré a abrir, no sea que se convierta en la caja de Pandora.◆

